

www.puntodelectura.com

**LUIS LEANTE**

Paisaje con río  
y Baracoa de fondo

punto de lectura



**Luis Leante** nació en Caravaca de la Cruz (Murcia) en 1963. Licenciado en Filología Clásica. Ha publicado libros de relatos y novelas entre las que destacan *Paisaje con río* y *Baracoa de fondo*, *El canto del zaigú*, *Academia Europa*, *El vuelo de las termitas* y *Mira si yo te querré* (Premio Alfaguara 2007). También es autor de las novelas juveniles *La puerta trasera del paraíso* (Alfaguara Infantil y Juvenil, 2007) y *Rebelión en Nueva Granada* (Alfaguara Infantil y Juvenil, 2008). Su obra está traducida a varios idiomas. Su última novela es *La Luna Roja* (2009).

[www.luisleante.blogspot.com](http://www.luisleante.blogspot.com)

LOS MURMULLOS DE LA TRIBU

**LUIS LEANTE**

Paisaje con río  
y Baracoa de fondo

Título: Paisaje con río y Baracoa de fondo

© Luis Leante, 1997

© De esta edición:

2009, Santillana Ediciones Generales, S.L.

Torrelaguna, 60. 28043 Madrid (España)

Teléfono 91 744 90 60

[www.puntodelectura.com](http://www.puntodelectura.com)

ISBN: 978-84-663-2263-8

Depósito legal: B-1.790-2009

Impreso en España – Printed in Spain

Portada: Pablo Celdrán «Taomí». *Paisaje con río y Baracoa de fondo.*

Óleo sobre lienzo, 100x70 cms.

Primera edición: febrero 2009

Impreso por Litografía Rosés, S.A.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

Paisaje con río y Baracoa de fondo



*A Jaime Safitta y a Freddy,  
soneros de Baracoa*



A Baracoa me voy  
aunque no haya carretera,  
aunque no haya carretera  
a Baracoa me voy.

ANTONIO MACHÍN

Después de tanto tiempo de andar hacia el oeste  
terminó la niñez  
y  
se fueron las rosas.

MIGUEL SÁNCHEZ ROBLES



No había vuelto a pensar en este recodo del río en los últimos cuarenta años. Ésa es al menos la sensación que he tenido esta mañana cuando me he acercado caminando despacio al enorme recodo que hacen las aguas del Miel amansándose antes de ir a parar a la bahía. Hago memoria y no consigo encontrar un instante para el recuerdo de este recodo del río en los últimos cuarenta años. Y si lo he recordado en algún momento no tengo constancia del hecho. Me he acercado andando cuando más calor hacía y, aunque estaba seguro de que aquél sería el final de mi paseo, ni siquiera he pensado durante el trayecto en el trozo del río. Me he puesto mi sombrero de yarey, una guayabera limpia, he arrancado una hoja de guano al salir del pueblo para abanicarme y he caminado durante más de una hora entre las ceibas y las palmeras reales hasta llegar al recodo del río Miel. Y sin embargo no he pensado en ningún momento, a pesar de saber adónde encaminaba mis pasos, en ese trozo de selva sesgado por el agua. Hace diez o quince años un periodista me preguntó en París qué recuerdos tenía de mi infancia y de la juventud. Lo miré, me quedé pensando y le respondí:

—Los recuerdos de un río. Entonces todo ocurría alrededor del río. Lo que estaba más allá del río no existía, o no ocurría.

Y luego, cuando intenté acordarme del río, otro periodista me preguntó algo sobre mi esposa y ya no tuve tiempo de pensar en ese trozo del río. Y si he soñado con él en estos últimos cuarenta años no puedo recordarlo. Por eso, cuando llegué esta mañana hasta la orilla y me detuve en el recodo, tenía la sensación de no haberme ido nunca de aquí. No me ha parecido más pequeño, como me había ocurrido con el pueblo y el castillo, ni lo he visto más sucio, como me había ocurrido con la iglesia. Sentí que todo estaba igual, y sin embargo mis ojos no reconocían nada de lo que iban descubriendo. El agua sigue corriendo tan mansa como hace cuarenta años, pero las dos riberas están mucho más ocultas por la vegetación. Creo que es el olor de la selva el que me hace sentir que todo sigue igual, ese olor húmedo que se evapora en las horas centrales del día pero que resurge al atardecer y al amanecer para recordarte dónde te encuentras. Sí, es el olor. El olor es lo único que sigue igual. Si me acerco a la nariz este pañuelo impregnado de perfume italiano y me mantengo respirando este aroma, nada de lo que siento es semejante a lo que puedo recordar de aquellos años. Ha cambiado todo. Las aguas son mansas como entonces, pero las riberas están tan pobladas que resulta casi imposible acercarse al agua. No hay ni un solo embarcadero de los que invadían las dos orillas. Ya no se ven los peces voladores ni las redes extendidas en la ribera para repararlas. Parece que hubiera pasado un ciclón, o cientos de huracanes que arrasaron la vida del Miel. Sólo queda el olor que me engaña y me

hace creer que nada ha cambiado. Me siento bien por no haber sido testigo de la decadencia de todos aquellos que vivieron aquí antes de mi partida. He paseado durante la mañana entre las ruinas del recuerdo, pues apenas queda otro tipo de ruinas. La vegetación se ha ido tragando los vestigios de los últimos cuarenta años, pero un mecanismo se ha disparado en mi mente y ha ido colocando cada cosa en su lugar: la destilería de ron, El Mambi, que era el local de la Nena Chica, la factoría de tabaco, el almacén del pescado, las chozas de los pescadores, la casa de mi mamá, los embarcaderos, la orilla de enfrente, la ceiba gigante detrás del lavadero, en la que solía dormir su borrachera el Gato, y el recuerdo de la dulce Marilín. El río sin sus embarcaderos parece como un árbol en otoño. Cuando volví la cabeza por última vez para ver el río hace cuarenta años, los embarcaderos parecían una fila de dientes blancos por el reflejo de la luna en el agua, alineados en la orilla. La Nena Tonta se pasaba las noches de calor sentada allí con los pies colgando sobre el agua, moviéndolos y riéndose con su boca de boba al verse reflejada en la superficie del río. Pobrecita la Nena Tonta, que se la tragó la corriente mucho antes de que se hundieran los embarcaderos por el abandono, o se los llevara definitivamente un ciclón. Todavía no he querido preguntar a nadie en el pueblo qué ha sido de aquellos seres que se amontonaban y sobrevivían hace cuarenta años en el recodo del río. Prefiero que piensen que soy un turista extravagante al que le gusta pasear solo por la selva y pasar horas sentado en el bar del hotel escribiendo cartas o postales a sus nietos de Europa, o a sus amigos, o a algún periódico. He buscado la choza de la Santera, pero no queda ni el surco en la

tierra. En su lugar me he tropezado con un nido de auras hediondas que han alzado el vuelo tan pronto como me he acercado. Ni después de la muerte ha conseguido la Santera librarse de tan repugnantes aves. Finalmente han vencido estas gallinazas negras que aparecían en mis sueños presagiando lo que luego ocurría. Seguramente también habrán colocado sus nidos sobre la tumba de la Santera ocultándola definitivamente como han hecho con su vivienda. Es la choza que mejor recuerdo, aunque no haya pensado en ella durante los últimos cuarenta años. Me viene al mismo tiempo el recuerdo de la choza y el de Deudora con el pelo mojado, sentada al sol en la puerta, guardando el hogar en ausencia de la Santera. Deudora corrió durante muchos años detrás de la Santera como si necesitara venderle su alma. Ya corría detrás de ella antes de que llegara Jean Philippe, mucho antes. Pero luego la cosa se hizo más obsesiva. Deudora llegó a convertirse en la sombra de la Santera, y tardó mucho tiempo en desengañarse de que la vieja no iba a poder ayudarla. Luego corrió detrás del Gato como quien corre detrás de Lucifer, asustada pero sin parar de correr. Y a veces me tomaba aparte y me contaba que si esto y que si lo otro, hasta que yo la paraba y le decía:

—Mira, hermana, ya tú estás enferma otra vez. Tú no necesitas a la Santera, ni al Gato, ni a mí. Tú lo que tienes que hacer hoy mismo es acercarte a Baracoa, buscar al médico y contarle lo que te pasa.

Y ella me miraba con sus ojos de mulata y me decía:

—¿A don Antolín? Mira, Robertico, tú eres muy joven y no entiendes las cosas. El médico es peor que el

Gato y la Santera juntos. Si fueras mujer ya te contaría, hermano.

En realidad Deudora y yo no éramos hermanos; más bien hermanastros. Tampoco era mulata, sino mora. Luego miraba a todas partes y echaba a correr y se perdía entre las casitas de los pescadores para olvidar las penas entre tantos hombres. Y miraba a todos lados por si estaba cerca la Nena Chica o alguna de sus ocho hijas, que eran todas como una piña, aunque Marilín fuera diferente a las demás. La Nena Chica era negra y grandota. Tenía una altura superior a la de cualquier hombre del recodo del río. Era fuerte y hombruna. La Nena Chica defendía su local y el pan de sus hijas como quien defiende su propia vida. «No me gutan la sssinjerencia», decía a menudo, y daba un puñetazo en el mostrador del bar. Para la Nena Chica, mi hermana Deudora era la peor de la sssinjerencia. Le quitaba la clientela y además no cobraba. Por eso Deudora siempre miraba a un lado y a otro mientras se perdía con sigilo entre las casitas de los pescadores para olvidar sus penas. El año del Ciclón Apolonia la sorprendió con un pescador en uno de los embarcaderos bañándose desnudos. No sería la última vez. La Nena Chica la arrastró por los pelos y la sacó del agua gritándole como una energúmena:

—No me gutan la sssinjerencia, muchachica, ya sabe que no me gutan la sssinjerencia.

Y cuando la tuvo en tierra firme empezó a morderle y a arrancarle los cabellos hasta que apareció mi papá y tuvo que soltarla.

—Mire, don Leonardo, yo sé que uté e una persona honrá, pero su hija eso ya e otro cantar, que se va con lo

pescadore como una putona y encima no les cobra. Eso son injerencia, don Leonardo, y a nadie le gutan la sssinjerencia en su negocio. ¿Uté me comprende, verdá? Que e el pan de mis hija al que le etá dando candela eta mora.

Y mi papá se bajaba los espejuelos, miraba desde abajo a la Nena Chica y luego miraba a su hija. Se soltaba la correa y decía:

—Esto va de mi cuenta, Nena Chica.

Y la Nena Chica se encogía todo lo grande que era y se mostraba dócil ante la presencia enclenque y enfermiza, pero autoritaria, de mi papá mirándolas a las dos por encima de sus espejuelos. Entonces se iba y mi papá se llevaba a Deudora a la destilería de ron.

Mi papá se llamaba don Leonardo. Llevaba espejuelos de culo de vaso y tenía los ojos achinados como su abuela, que era japonesa. Tenía pocas carnes por culpa del dengue, pero cuando se ponía las botas de montar todo el mundo lo respetaba en las dos orillas del Miel, incluso en Baracoa. Mi papá nunca sintió piedad por Deudora, aunque creo que no sintió piedad por nadie. Lo de la poca estima hacia Deudora era una herencia que al parecer recibió de Severina, la mamá de Deudora. Severina fue la tercera mujer de mi papá, ni siquiera su esposa, pues de las cuatro mujeres con las que tuvo descendencia no se casó con ninguna. Hasta que don Leonardo tuvo hijos con mi mamá, Severina había vivido como una reina junto al Miel. Era bien considerada en Baracoa y tenía el control sobre la destilería de ron. Pero don Leonardo empezó a tener hijos con Virginia, mi mamá, y Severina nunca lo llevó bien. Hasta que mi mamá, con doce años, parió a Fernanda, la Nena Tonta,

y Severina empezó a hablar en público de aquel fenómeno de muchacha, y con los años se siguió burlando de lo que le había parido mi mamá a su don Leonardo: un afinador de pianos, un débil y una majagranzas. El afinador de pianos era Zenón Jenaro, el débil era yo; y la majagranzas, Fernanda, la Nena Tonta. Mi papá se indignó por tanta crueldad cuando supo lo que andaba diciendo Severina por todas partes. La buscó en la destilería, la sacó de su despachito, la puso en medio de los obreros y le dijo sin mirar por encima de los espejuelos:

—El pan no le faltará a tu hija puesto que lleva mi sangre, pero tú tendrás que arrastrarte y mendigarlo en otro sitio, porque de aquí no vas a sacar nada. Quien se burla de mis hijos, aunque sea su propia mamá, se burla de mí.

Y le señaló la puerta con el dedo rígido y firme, sin temblarle el pulso. Severina sintió que todo el cuerpo se le encendía, que no le salía la voz, que le temblaban las piernas. Intentó suplicar:

—Vente conmigo y te pariré una buena hembra.

—Ya me diste una y mira en lo que se ha convertido esa mora.

Don Leonardo se bajó entonces los espejuelos, miró por encima y ya no tuvo que decir nada más. Severina salió con la cabeza agachada y el paso ligero, avergonzada ante la mirada de los obreros. Eso es al menos lo que me contó Paulino, quien a su vez lo escuchó de su papá, don Augusto, que fue obrero de la destilería hasta el accidente. Eso es lo que contó el papá de Paulino que hizo don Leonardo: echó a Severina y puso en su lugar a mi mamá para manejar el negocio.

Después de buscar esta mañana, sin éxito, algún resto de aquellas chozas, de las casitas, de la destilería, de la factoría de tabaco, he intentado reconstruir los espacios que cada cosa ocupaba junto al río en esos años, pero ha sido tarea inútil. La selva ha avanzado tanto en las dos orillas del río que resulta difícil pensar que allí vivieran cien o doscientas personas hace medio siglo. Hasta los diez años no podía ni imaginar que más allá de aquellas chozas, de las barcas y de la destilería existiera otra cosa. Ni siquiera sabía que el río fuera a parar a ninguna parte, y creía ciegamente que daba la vuelta por detrás de la montaña para volver a pasar por delante de nuestras casas cargado de peces que se quedaban enganchados en las redes. Veía las carretas cargadas con el pescado, o a los obreros de la factoría que se perdían en la espesura del camino todos los atardeceres y volvían escupidos por la selva al amanecer del siguiente día, pero tardé diez años en saber que lo que había al otro lado de la vegetación era un pueblo y el mar. Por eso, cuando vi por primera vez al Gato saliendo entre las ceibas con su cuerpo torcido y sus andares de viejo cansado, pensé que era una fiera salvaje que se había alejado del interior de la selva, y corrí hacia la destilería gritando «¡Un oso, un oso!», sin saber lo que era un oso, pues grité el primer nombre que me vino a la cabeza imaginando que aquello era algo terrible y demoníaco. Y los obreros dejaron lo que tenían entre manos y salieron a la puerta de la nave para ver qué ocurría. Y cuando vieron al viejo dirigirse al Mambi empezaron a reírse y a burlarse de mí:

—No seas flojo, Robertico, que no es un oso sino un gato.

Pero yo no me fiaba y me agazapé entre los barriles. Y alguien me cogió de un brazo y una pierna y me llevó por el aire hasta la puerta del Mambi:

—Mira tu oso, Robertico. ¿Acaso le has visto las garras?

Y yo gritaba y lloraba muerto de miedo, hasta que apareció Virginia, mi mamá, y les dio cuatro voces a los obreros. Me soltaron y yo corrí a refugiarme en sus faldas. Mientras mi mamá los abroncaba, me acariciaba el cabello y hacía ruidos imperceptibles con el estómago, como el ronroneo de una gata.

Siempre sentí una aversión especial por la destilería y por los obreros. Nunca pude pasar más tiempo del necesario entre aquellos hombres crueles que se insultaban entre sí y luego se abrazaban borrachos en El Mambi como lo hacen los esposos. Cantaban con las venas del cuello hinchadas por el ron, gritaban para decir cualquier cosa, y se enzarzaban en peleas ruidosas que acababan con fracturas y heridas que había que desinfectar con ron. Los obreros de la factoría de tabaco, sin embargo, eran otra cosa. Era evidente que Severina los sabía meter en vereda. Salían de trabajar en silencio y se perdían por el camino de la selva como las aves que buscan su nido. Se emborrachaban sin dar voces y sólo se peleaban los sábados después del trabajo, pero no entre ellos sino con los obreros del ron. Severina sería lo que fuera, que eso bien lo sabría don Leonardo, pero sabía dirigir a su gente. Mi mamá, por el contrario, gritaba mucho pero luego perdía la fuerza o abandonaba durante horas la destilería. A pesar de todo,

era una buena administradora que sabía sumar y restar; por eso la puso allí don Leonardo. Sin embargo, en mí no confió nunca. Me obligó a trabajar en la destilería y me dejó a la suerte de aquellos animales que no se respetaban entre sí y que no veían en mí al hijo del patrón, sino a un bastardo débil que sudaba poco y apenas podía subir a la pila de toneles sin marearse. Me quitaban la escalera y me dejaban abandonado en lo más alto. De ninguno de ellos guardo un buen recuerdo, excepto de don Augusto, el papá de Paulino, que trabajó allí hasta el día de su muerte.

Esta mañana el trayecto entre Baracoa y el recodo del río me pareció más corto que hace cuarenta años. Y eso que mi edad ya no me permite hacer del paseo un placer. Antes sólo había un camino, y ahora son numerosas las sendas que se abren desde la salida del pueblo conduciendo al río a través de haciendas que no existían en mi infancia. Hasta los quince años la idea de tener que ir al pueblo me resultaba un martirio. Prefería la tranquilidad del río, el agua estancada en las orillas, las redes extendidas sobre la hierba y el paso imperceptible del tiempo. Yo envidiaba a la Nena Tonta porque nunca tenía que ir al pueblo. Podía pasar los días entre las casetas y las noches sentada en los embarcaderos con los pies colgando y riéndose como una boba al ver su rostro reflejado en el agua. En aquellos años, la Nena Tonta era la más feliz de todos. No conocía la dureza de la zafra, ni necesitaba aprender a sumar barriles. Cuando su salud empeoraba, la llevaban a la Santera o llamaban al Gato, pero no tenía que ir a Baracoa. Sólo cuando empezaron los ataques vino

a visitarla don Antolín. Hasta los quince años el camino hasta el pueblo se me hacía un infierno. Luego cambió mi percepción, pero el motivo fue Marilín, la dulce Marilín. Cuando la Rusa le pidió a la Nena Chica que la pequeña de sus hijas fuera a servir al hotel, empecé a ver el pueblo con otros ojos. Dejé de asustarme el trasiego de gentes, el ruido de los carros, los corrillos de la barber shop, las negras sentadas en los porches viendo pasar a los vecinos y el perfil oscuro del castillo alzándose sobre la bahía. Si Marilín estaba entre ellos, el pueblo me parecía un paraíso. Entonces buscaba cualquier excusa para acercarme a Baracoa y pasear por sus calles pensando que vería las mismas cosas que ella, que caminaría por los lugares que ella había pisado, aunque lo cierto es que Marilín conocía muy poco de Baracoa. Se pasaba los días en el hotel de la Rusa, seguramente mirando por las ventanas el malecón mientras servía el chocolate, o mirando al mar como quien mira un río cuya orilla contraria no puede alcanzarse con la vista. Luego, cuando el trabajo flojeaba en el hotel, la dulce Marilín regresaba al recodo del río, y yo volvía a sentir aversión por el pueblo, por sus calles, por el castillo, por el hotel de la Rusa. Me pasaba entonces los días dando vueltas alrededor del Mambi intentando adivinar qué ocurría en la planta de arriba, en qué habitación estaba Marilín, qué cara tendría su cliente o qué pensaría ella del trabajo al que la sometía su mamá junto a sus siete hermanas. Después, cuando la desesperación se apoderaba de mí, me alejaba a los embarcaderos y me sentaba junto a la Nena Tonta a ver mi rostro reflejado en el río.

Pero la primera vez que fui a Baracoa no fue tan placentera. Ocurrió en el año fatídico del Ciclón Karelia,

en plena temporada de la zafra. Don Leonardo, mi papá, se encontraba fuera más de un mes, ocupado en la recolección de la caña de azúcar, y mi mamá se las tuvo que ver sola. Si hasta entonces no había sudado ni en la destilería de ron, un buen día empecé a empapar la ropa, a formar un charco de sudor en el suelo y a sentir alucinaciones. Los obreros del ron me decían:

—Mira, Robertico, ahora sí que eres un hombre.

Y yo, aunque sufría, no decía nada, por sentirme hombre durante algunos días. Pero conforme pasaba el tiempo empezaban a temblarme las piernas, comencé a vomitar los frijoles y a sentir frío. Mi mamá mandó aviso a don Leonardo, pero el mensajero volvió a los pocos días diciendo que acudiera a la Santera, que para eso le había hecho mi papá más de un favor. La Santera me miró, me puso la mano encima y le dijo a mi mamá:

—Mire, Virginia, este chico está muerto. Yo no puedo hacer nada por él.

Mi mamá me puso el oído en el pecho y le dijo sollozando:

—Pues yo le juro a usted que hace un momento respiraba y hasta se quejaba.

—Sí, pero ahora no respira ni se queja.

Y mi mamá dio un grito desgarrador y se abrazó a mí llorando. Acudieron las vecinas y empezaron a quitarme la ropa y a lavarme. Y decían:

—Pobre Robertico, tan pequeño. Parece un angelico.

Trajeron unos velones y alguien dijo:

—Habrá que llamar al Gato para que lo entierre como Dios manda, criaturica.

Y mi mamá gritó más fuerte y empezó a tirarse de la blusa y a arrancarse los botones:

—Al Gato no, por la Virgen de la Caridad del Cobre, al Gato no. Antes prefiero verlo enterrado debajo de un árbol y condenado al infierno que dejarlo en manos de ese demonio.

Y seguía gritando unas expresiones terribles que yo a mis años no podía entender.

—Pero mujer, no te me pongas brava, habrá que enterrarlo en tierra santa... Lo que te pasa es que estás muy afectada.

Conforme me iban desnudando yo notaba las manos de las mujeres sobre mi piel, frías como las botellas del Mambi. Me pasaron trapos mojados para lavarme, y también los sentía fríos. Pero cuando me secaron y empezaron a ponerme una túnica blanca con ribetes marrones, alguien volvió a ponerme el oído en el pecho y dijo:

—Es evidente que está muerto, porque no le zurre nada dentro, pero o yo estoy empezando a flojear o esta criatura está sudando.

Mi mamá dejó de sollozar. La Santera me acercó un espejito a los orificios de la nariz y me puso el oído en el pecho.

—El angelico está muerto.

—¿Entonces qué es esto?

—Parece sudor.

—Pues si suda no puede estar muerto. Eso es matemáticas.

Mi mamá salió corriendo al almacén e hizo descargar un carro dando órdenes a gritos y atropellando a los obreros. Me echaron sobre el carro, me pusieron una

sábana por encima para que no me picaran los mosquitos, y emprendí así por primera vez el camino hacia Baracoa. Pero entonces me pareció mucho más largo que esta mañana cuando cogí una hoja de guano y me alejé del pueblo dando un paseo bajo la sombra de las ceibas y las palmeras reales. En aquella época debía yo de tener diez años, y a pesar del mal trago que estaba pasando, tumbado sobre el carro y moribundo, en mi corta entendedera me iba dando cuenta de que aquel que daba era un paso importante en mi vida. Vinieron en el carro la Santera, mi mamá y un obrero que manejaba. En Baracoa la Santera no permitió entrar a donde don Antolín. No permitió siquiera ayudar a meterme por el pasillo. Al doctor apenas lo recuerdo de aquella primera vez, pues casi todo el tiempo estuve con los ojos cerrados y como ido, pero su voz no la borraré nunca de mi memoria, aunque en los últimos cuarenta años no haya vuelto a pensar en ella. Tenía una voz grave y resonante. Hablaba despacio y arrastraba las palabras al terminar la frase. Mi mamá le dijo:

—Mire, don Antolín, dígame sólo si mijito está muerto o vivo.

Don Antolín pegó la oreja a mi pecho, me tomó la muñeca y me abrió los ojos. Cogió un espejito y me lo colocó junto a los orificios de la nariz.

—Científicamente diría que este niño está muerto. Pero algo me hace pensar que se trata de una percepción errónea.

—¿Qué quiere usted decir, don Antolín?

—Que los muertos no sudan, señora, eso es lo que quiero decir. Pero si científicamente está muerto yo no puedo hacer nada por él. Fuera de la ciencia no soy

absolutamente nadie. ¿Por qué no prueba a llevárselo a la Santera o al Gato?

—La Santera me ha dicho que se lo traiga a usted, que para ella está muerto. Y antes que llevárselo a ese demonio del Gato prefiero verlo enterrado.

Después empecé a sentir que el sopor se apoderaba de mí. Me pesaban los brazos y las piernas, me zumbaban los oídos, y el cuerpo se me iba enfriando. Estaba dejando de sudar. Abrí los ojos entonces y estaba bajo el agua, apenas a unos metros de la superficie. Miré hacia la luz del sol que llegaba de arriba y vi a la Nena Tonta sentada unos metros por encima de mí. La reconocí por los pies que le colgaban del embarcadero y por su cara de boba mirando hacia la superficie del agua. «Ayúdame, Fernanda —le dije—, me hundo y no puedo salir a la superficie». La Nena Tonta metió la mano en el agua y trató de alcanzarme, pero yo iba cada vez más para el fondo. «Busca ayuda, Fernanda, que venga alguien a ayudarte.» Y la Nena Tonta me habló por primera vez: «Estoy esperando un niño, Robertico. Me han preñado a la fuerza». Me quedé perplejo al oír la voz de aquella criatura tan débil. Hasta ese momento sólo conocía sus sollozos y su risa de tonta. «¿Quién ha sido, Fernanda? Dime quién ha sido.» Pero la Nena Tonta hacía esfuerzos por alcanzarme debajo del agua y no me contestaba. «Déjalo ya, Fernanda, de todas formas voy a ahogarme. Sólo dime quién ha sido.» Y entonces me dijo: «Don Antolín. Ha sido el médico quien me ha preñado a la fuerza». Y mientras escuchaba su voz tan desconocida para mí hasta ese instante, sentía que el fondo del río me arrastraba. El embarcadero y la Nena Tonta quedaban cada vez más lejos, en la superficie. Y conforme me hundía

iba escuchando con más claridad el ritmo frenético de los tambores batá, hasta que pisé el fango y se me apareció la Orisha Oshún danzando al ritmo de la percusión y arreglándose el cabello después de cada salto. «¿Qué haces tú aquí?», me preguntó. «Creo que me he muerto. Al menos eso es lo que dice don Antolín, el médico.» «¿Y qué sabrá ese don Antolín por muy médico que sea?» «La Santera también dice que me he muerto.» «¿Y qué sabrá esa bruja? Vamos, dime tu nombre y tu edad.» «Me llamo Robertico y tengo diez años.» Oshún cerró los ojos como si intentara recordar algo, pero sin dejar de bailar. «¿Robertico? ¿Robertico? ¿Tú eres el hermano de la Nena Tonta?» «Sí, el hijo de don Leonardo.» «Entonces dile a ese médico y a la Santera que se dediquen a otro negocio, que si curan a los vivos igual que reconocen a los muertos les van a sobrevivir pocos.» Y me dio un empujón hacia la superficie del río. Subí tan deprisa como pude, y al sacar la cabeza fuera del agua respiré con ansiedad, di un respingo y abrí los ojos. Don Antolín, con los pantalones bajados, tenía a mi mamá sujeta por detrás. Ella había agachado la cabeza y se apoyaba con los brazos en el sillón de sacar las muelas. Bailaban al ritmo de los batá, y el médico decía frases incomprensibles a las que mi mamá le respondía con monosílabos y jadeos. Llamé a mi mamá y los dos se me quedaron mirando, lívidos. Se separaron y se acercaron hasta la camilla. Volví a llamar a mi mamá.

—Robertico, miamol, creíamos que te morías.

Entonces le dije, mientras ella se cubría sus vergüenzas:

—La Nena Tonta está preñada.

—¿Qué dices, mi niño? ¿Qué sandeces son ésas?

—Me lo dijo Oshún. La preñó don Antolín a la fuerza.

El médico, sin terminar de subirse los pantalones, me dio un bofetón que me hizo sacudirme de la cabeza a los pies. Luego me puso la mano en la frente y susurró:

—Este niño está ardiendo de fiebre. Sin duda padece alucinaciones.

Y se fue a un armario lleno de cachivaches brillantes y fríos. Mi mamá me puso la mano en el pecho y me acarició la cara. Estaba llorando, aunque no hacía aspavientos. El médico se acercó con una jeringuilla, me volvió boca-bajo, me destapó las nalgas y me pinchó.

—Esta criatura tiene los síntomas del dengue —aseguró—. Habrá que avisar a las autoridades por si se trata de una epidemia.

La epidemia de dengue duró más de un año. Murieron, sobre todo, los hombres. Se abandonó la zafra, cerraron la destilería y la factoría de tabaco. El Mambi apenas tuvo clientes en diez meses. Cada vez eran menos los pescadores que salían a echar las redes al río. A los pocos meses de desatarse la epidemia se presentó el Ciclón Karelia, que arrasó casi todo lo que había resistido al dengue. Un día se llegaron mi mamá, Zenón Jenaro y el papá de Paulino, don Augusto. Me echaron sobre una sábana y entre los tres me llevaron a la Cayetana. No tenía fuerzas para preguntarles nada, pero bien veía yo en sus rostros y en el cielo que se avecinaba un ciclón. No cruzaron ni una palabra conmigo. La choza baja para refugiarse de los ciclones se llamaba la Cayetana, estaba excavada en la tierra y apenas sobresalía del suelo. En la Cayetana se refugiaban cincuenta o sesenta personas

provistas de alimentos por si la cosa se alargaba. Estaban allí la Nena Chica y sus ocho hijas. Yo ya las conocía a todas, pero nunca me había fijado en la más pequeña. Se llamaba Marilín, y por entonces no tendría más de seis años. Estaba sentada junto a sus hermanas, y mientras las demás hacían aspavientos, se santiguaban y lloriqueaban abrazándose a su mamá, la más pequeña permanecía serena, con un rostro angelical que la hacía parecer diosa más que niña. Yo sólo podía mover el cuello, pero la vi en medio de la fiebre y sentí que se me estremecía todo el cuerpo, que se me nublaba la vista, me zumbaban los oídos y un temblor enfermizo se apoderaba de todo mi ser. Como temblaba y balbuceaba palabras sin sentido, mi mamá me puso la mano en la frente y empezó a ronronear con el estómago como las gatas.

—Es Oshún, mamá —le dije.

—¿Qué dices, mijito? No te asustes, miamol.

Yo sólo miraba a Marilín, aunque no podía señalarla con el dedo.

—Es la Orisha Oshún, mamá, mírala.

Pero mi mamá tenía tanto miedo al presentir el ciclón que se iba a desatar sobre nuestras cabezas que no podía hacer otra cosa que acariciarme y ronronear con el estómago. Entonces Marilín se volvió hacia mí y me pareció realmente la dueña de las aguas dulces, la diosa de la coquetería y de la belleza. Perdí el sentido ante la mirada de aquella niña de seis años, y ya no volví a verla hasta un año después, bañándose en el río junto al segundo embarcadero.

Me dejaron echado sobre un camastro junto a una ventana poco más de un año. Al principio, mi mamá

pasaba horas a mi lado hablándome y contándome todo lo que ocurría en el recodo del río, pero con el paso de los meses me dejaba cada vez más tiempo solo. Únicamente venía a verme de vez en cuando Paulino, pero parecía como ausente mirando sus cajas llenas de magia o señalando en su libreta aquellas marcas que a mí me parecían conjuros y sortilegios. Estuve un año sudando día y noche. Sudando y pasando frío. Las piernas no me respondían. Tampoco podía mover los brazos, sólo la cabeza para girarla hacia el ventanal y ver la sucesión de las noches y los días. Estuve muerto tres veces, pero siempre volví a la vida, porque los Orishas insistían en que todavía no era mi hora. Cuando me incorporé de la cama, tuve que aprender a caminar de nuevo y había crecido tanto que la Nena Chica cuando me vio sólo pensó que en cuanto me recuperara ya tendría otro cliente para su negocio, aunque no fuera más que un niño.

Nada volvió a ser igual después de la epidemia de dengue, el año del Ciclón Karelía. No sabría decir por qué, pero lo cierto es que todo cambió. Cuando pude manejarme sin ayuda me encontré con once años y un cuerpo enfermizo y débil, pero había crecido tanto que era capaz de alcanzar las hojas de los árboles, de coger el cacao maduro, que era el que estaba más alto, y de ponerme las botas de montar de don Leonardo, mi papá. Me puse las botas un domingo por la mañana, me domé el cabello, me eché el pachulí de mi mamá y me encaminé al Mambi. Todo me pareció más pequeño: las chozas reconstruidas, las casitas de los pescadores, los embarcaderos, la destilería, las barcas. Era la primera vez que vestía mis pies, y parecía que se me clavarán ascuas encendidas en las plantas. A pesar

de mi altura estaba tan delgado que tenía que pisar con cautela para no quebrarme por las rodillas. Pero la idea obsesiva de la Orisha que había visto un año antes en la Cayetana me hacía sacar fuerzas y sobreponerme a mi debilidad. Entré al Mambi y casi nadie me reconoció de momento.

—Robertico, mijo —dijo la Nena Chica al rato—. Si pareces un hombre.

Entonces di un traspie con las botas y vine a caer junto a un saco de frijoles. No se rió nadie.

—Cuanto mimmitico tú te recupere ya te tengo de cliente, Robertico, aunque no sea ma que un niño.

Di dos vueltas al local haciendo sonar las botas en la madera del suelo, y la Nena Chica se reía abriendo la boca y enseñando sus mellas:

—Míralo, qué hombretón, si parece el mimmísimo don Leonardo.

Y yo inflaba el pecho y pisaba más fuerte. De repente se abrió la puerta y apareció un negro grandote y viejo, el negro más grande que jamás había visto. Me pareció que tenía más de cien años, ahora diría que más de doscientos, y me miraba con unos ojos muy abiertos y hundidos, como si lo hiciera desde lo más profundo de su ser. Era tan alto que su silueta colocada junto al quicio de la puerta dejó casi a oscuras El Mambi. Se plantó delante de mí y todos se quedaron en silencio. Pensé salir corriendo, pero con las botas de mi papá me hubiera caído antes de llegar a la puerta. El negro se me acercó, se quedó mirándome, y yo agaché la cabeza:

—Si buscas a la Orisha Oshún, está bañándose en el río junto al segundo embarcadero.

No entendía lo que quería decir el gigante con aquellas palabras, pero su voz me sonaba como una guaracha. Levanté la cabeza y vi que me miraba fijamente. Al momento reconocí al ser extraño que un buen día salió de la selva y me produjo el mayor susto de mi vida. Pensé gritar «¡Un oso! ¡Un oso!», y salir corriendo, pero el miedo me había paralizado.

—Mira, Gato —dijo la Nena Chica—, déjalo ir. ¿No ve que no e ma que un niño? Lo etá sssasutando.

Y el Gato me dijo:

—¿Te asustas de mí? No te fíes de las apariencias: aunque parezco un oso, no soy más que un gato.

Salí del Mambi caminando despacio pero sin mirar hacia atrás, y sin embargo sabía que los ojos de aquel gigantón con voz de guaracha estaban clavados en mí. Oí su voz por última vez a mis espaldas:

—Y no te echés el pachulí de tu mamá si no quieres que todos te miren como a una señorita de la ciudad.

Eché a correr. Las canillas me bailaban en el interior de las botas y sentía que fuera a caerme al suelo de un momento a otro. Me acerqué al río por si había alguien allí que pudiera verme con las botas de mi papá, pero todo el mundo estaba donde la Nena Chica. Mis pasos resonaban con autoridad sobre la madera del embarcadero. Caminaba despacio, luego aceleré el paso hasta el límite del embarcadero. De repente oí un chapoteo en el agua y creí que la Nena Tonta se había caído al río. Me asomé asustado y vi a un ser dulce y angelical moviéndose en el agua con una gracia extraordinaria. Era la dulce Marilín. La primera vez que la había visto, un año antes, yo ardía de fiebre y me pareció el ser más hermoso de la tierra.

Un año después, metido en las botas de mi papá y clavado en el extremo del embarcadero, seguía pareciéndome una Orisha de siete años. Se me hizo un nudo en la garganta y, cuando me miró, el nudo se me hizo en las piernas, de forma que al intentar retroceder, deslumbrado por la visión, tropecé con las tablas desiguales y empecé a caminar hacia atrás agitando los brazos y haciendo círculos con ellos para mantener el equilibrio. Pero finalmente caí de espaldas sobre el embarcadero y resonaron las tablas como si se hubiera desplomado un árbol. Luego escuché las risitas de Marilín que desde el agua había oído el golpe, aunque no lo había visto. Y me levanté tan deprisa que no tuve tiempo de averiguar si me había hecho daño. Empecé una huida frenética tropezando, enredándome con las botas y cayendo al suelo una y otra vez. Me levantaba, seguía corriendo y volvía a caer. Me adentré en la selva sin detenerme, y deseaba con todas mis fuerzas que Marilín no hubiera tenido tiempo para ver mi cara antes de desmoronarme sobre el embarcadero. Y corría más y más, como si con la velocidad pudiera cumplir mi deseo. Me mordí las uñas, hablé solo, me cubrí el rostro con las manos, me clavé de rodillas y metí la cara entre la hierba. Y entonces me empezaron a venir, como dictadas por los árboles y las aves, las palabras de aquel negro tan grandote y viejo que me había encontrado en la puerta del Mambi: «Si buscas a la Orisha Oshún, está bañándose en el río junto al segundo embarcadero». Algo se escapaba a mi entendimiento. Aquel hombre sabía que Marilín estaba en el embarcadero, pero no podía saber que yo andaba rondándola, ni tampoco lo de la Orisha Oshún. Pensé que yo lo debía de llevar escrito en el rostro, o que

había hablado en sueños durante mi convalecencia y luego le habían ido con el cuento al Gato. Por último llegué a la conclusión de que sólo tenía once años y que aún había muchas cosas que eran incomprensibles para mí.

Pasé horas oculto en la selva sin moverme, sin comer ni beber, y cuando se hizo de noche me dispuse a volver aprovechando las sombras para llegar a casa. Pero al intentar incorporarme sentí tal dolor en los pies que tuve que quedarme sentado. Me escocían los dedos y las plantas de los pies, y si me incorporaba sentía un tremendo dolor. Llegué hasta el río a ratos andando y otros arrastrándome. Me serví de la oscuridad para llegar a la casa de mi mamá, pero el último tramo tuve que hacerlo de rodillas. No había luz dentro, aunque mi hermanastra Elisenda estaba echada en la puerta y se balanceaba en la hamaca. Cuando me vio llegar en un estado tan lamentable, dio un salto y un grito como si se le hubiera aparecido un diablillo.

—Robertico, miamol, qué susto me has dado. Pareces un puerquito.

Entré tan digno como pude, creyendo que Elisenda ya sabría de mi caída en el embarcadero y que de un momento a otro empezaría a burlarse de mí. Me senté en mi camastro y procuré por todos los medios sacarme las botas de mi papá.

—Robertico, miamol, ¿qué resolviste hoy para venir como un marranito?

Me dolían tanto los pies que empecé a llorar y a esconder el rostro entre las sábanas. Mi hermanastra se asustó y empezó a consolarme.

—No te burles de mí, Elisenda, no te burles de mí si no quieres que me tire al río.

Elisenda no sabía nada de mi caída. Nadie en los dos márgenes del río Miel había oído nada de mi caída. Sólo una chiquilla de siete años que se bañaba plácidamente junto al embarcadero vio a un muchacho asomar un instante la cabeza sobre el borde de madera. Luego escuchó un golpe sobre el embarcadero y no pudo aguantar su risita imaginando que el chico había tropezado o se había caído. Aquello me costó pasar otros dos años escondido entre las casitas de los pescadores o en la selva, pasar días enteros trabajando en la destilería y no acercarme al Mambi. Primero esperé a que me creciera el bigote y la barba para que la dulce Marilín no pudiera reconocerme, pero no crecía más que una ligera pelusa que no ocultaba mi rostro sino más bien lo afeaba. Por eso no fui donde la Nena Chica hasta que no tuve la seguridad de que todos se habían olvidado del asunto. Y sin embargo el silencio de los que me rodeaban se me mostraba como una prueba de su complicidad.

Cuando Elisenda consiguió sacarme de las botas, mis pies eran una masa deforme, hinchada y roja, que se sentía estremecer por el roce del agua. De ahí viene sin duda mi aversión al calzado. Tardé años en ponerme cualquier cosa en los pies, e incluso mucho tiempo después en Londres, Nueva York o Barcelona, mientras paseaba por sus lujosas avenidas llenas de escaparates y coches parqueados en una y otra acera, he tenido a veces la tentación de desprenderme de mis zapatos y sentir el roce de las baldosas o del asfalto en las plantas de los pies. Un periodista me preguntó una vez en la Galería Cécile de París por aquellas figuras de pies descalzos que tanto repetía en mi obra a lo largo de los años, y le respondí:

—*Ce sont mes déesses aux pieds nus.*

Un día después leí aquella frase mía en los titulares de un periódico y me pareció realmente una respuesta afortunada y sincera. Cuarenta años sin pensar en este recodo del río han sido los culpables de que hubiera olvidado la noche aciaga en que Elisenda enjugaba mis pies sangrantes y me consolaba con besos y caricias mientras yo pensaba en don Leonardo, mi papá, que llevó durante años aquellas mismas botas como un héroe, sin mostrar un solo gesto de dolor. Tuve que quedarme una semana más en el camastro con los pies sobresaliendo por un extremo para no rozarlos con el colchón.

Nada volvió a ser igual después del Ciclón Karelia, el año de la epidemia de dengue. No sólo yo crecí y el entorno se fue haciendo más pequeño, sino que también empezaron a cambiar las personas. Después de un año bloqueados en la bahía de Baracoa, los barcos volvieron a descargar con regularidad sus mercancías, bajaron a tierra los marineros, se amontonó la sal en el muelle, se abrió otra vez el hotel de la Rusa, y don Antolín se subió un día a una caja de madera en mitad del malecón y empezó a hablarle a todo el que por allí pasaba:

—Hijos de Baracoa, deteneos y escuchadme un instante. No podemos seguir igual que cuando los gallegos pisaron por primera vez esta playa. Lo que nosotros no hagamos no lo hará nadie por nosotros. Necesitamos una carretera para no quedarnos bloqueados durante más de un año cada vez que se desata una epidemia en nuestra egregia ciudad.

Y alguien dijo por lo bajo:

—Mira, compay, don Antolín quiere ser alcalde. Como si ya no hubiera suficientes comemierdas.

También Elisenda cambió después del Ciclón Karelía y empezó a mostrar aquellos raros síntomas que mi mamá llamaba desequilibrios. Mi hermanastra siempre había tenido sus rarezas, eso es verdad, pero después de la epidemia del dengue don Leonardo llegó a la conclusión de que la enfermedad y los vientos le habían producido un coágulo en su inteligencia. Y eso que aún pasarían algunos años hasta que nos diéramos cuenta del alcance de sus idas y venidas. Lo mismo que con Homero, el pescador, aunque de sus desequilibrios no nos dimos cuenta hasta el día en que su barca se cogió candela. Don Leonardo, mi papá, no llamaba a aquellos desequilibrios, sino un don que la naturaleza le había concedido como compensación a su pérdida. El Gato decía que Homero había tenido otras vidas antes. Pero lo de Elisenda parecía otra cosa a pesar de que sucediera por las mismas fechas. Fue mucho tiempo después de que llegara el francés, primero al pueblo y después al recodo del río. Por entonces se me acercó cierta noche mi hermanastra con los ojos brillantes y una mirada de gata que me hizo sospechar algo. Se puso de rodillas ante mí y me dijo:

—Robertico, miamol, ¿te parece que soy hermosa?

Y yo me eché a temblar como un niño, porque era la segunda vez que oía aquella pregunta en una mujer. La primera me la hizo Deudora quitándose la blusa y dejando al descubierto sus pechos oscuros y respingones mientras me miraba con los ojos muy abiertos y me decía:

—Anda dime, Robertico, ¿te parece que soy una mujer hermosa?

Y yo me quedé clavado como si me enseñara el interior de una habitación que durante años me había sido

prohibida, permitiéndoseme ver sólo la puerta. No sabía si aquello era hermoso o no, pero conocía a muchos hombres que habían perdido la cabeza por insistir en buscarlo. Así, a la luz del día, no era tan terrible, y mucho menos como para perder la cabeza, pero yo no hubiera sabido decir entonces si eso era la hermosura. La única mujer desnuda que yo había visto hasta entonces tenía dos tetas que en mitad de la noche parecían dos lunas, y dos pezones como platos. La miré como si mirara una pared y me encogí de hombros. Deudora me cogió la mano y me la puso sobre un pecho.

—Dime, Robertico, ¿te parece que soy hermosa?

—Deudora, yo soy un niño y no puedo saber de esas cosas.

—No eres un niño, miamol, con tu edad y con ese cuerpo ya no eres ningún niño. Ya he visto cómo te afeitas con la navaja de mi papá y cómo rondas El Mambi olisqueando por las ventanas a las hijas de la Nena Chica.

Me puse rojo y sentí ganas de botarla, pero Deudora me había atraído hacia sí y me tenía las dos manos sujetas sobre los pechos.

—¿Tú qué sabrás de eso?

—Nada, Robertico. Sólo que ya no eres un niño aunque no te hayas dado cuenta. ¿No sientes como una brasa que te quema entre las piernas?

Y me cogió de la bragueta y me estrujó haciéndome ver puntitos blancos en el aire.

—Mira, miamol, cómo se te ha puesto. Eso es que te parezco hermosa, ¿verdad, Robertico?

Le dije que sí con la cabeza mientras notaba que el color me desaparecía de la cara. Entonces me soltó y yo

sentí una brasa entre las piernas, como me había dicho. Me dolía y me tiraba sin que yo pudiera hacer nada por remediarlo. Deudora se puso la blusa y empezó a hablar como si cantara un danzón, sacando la voz de dentro y modulándola como un cómico.

—¿Y tú crees que también le pareceré hermosa a tu amigo el pintor?

—¿Qué cosa es *pintor*? —le dije ingenuamente.

—Pareces un niñito de teta, Robertico: el pintor es tu amigo francés.

Yo no sabía que mi amigo era francés ni que era pintor, a pesar de que pasaba días enteros a su lado transportando sus lienzos, las pinturas y el caballete, Yunque arriba, Yunque abajo, recorriendo la selva y deteniéndonos en todos los recodos. Pero como no entendía lo que me decía yo no podía saber lo que era un pintor ni un francés.

—No es pintor, ni francés —le dije indignado por su ignorancia—, es *Yan Filip*.

Y Deudora se me quedó mirando muy seria, como si pensara que me estaba burlando de ella:

—Lo mismo da, Robertico, que sea lo que quiera. ¿Tú crees que le pareceré hermosa?

—¿Por qué no se lo preguntas como has hecho conmigo?

—Porque tú eres mi hermanastro y él no. Estas cosas se pueden preguntar a un hermano, pero no a un francés. ¿Querrás preguntárselo por mí?

Y le dije que sí para que se fuera contenta, por no decirle que, cuando hablaba el pintor, yo no entendía ninguna de sus palabras; y si hablaba yo, él sonreía, me miraba y me revolvía el cabello como a un animalito para

no desanimarme, pero no me entendía ni una palabra de lo que le decía. Por eso, cuando unos años después Elisenda se puso de rodillas ante mí y me dijo «Robertico, miamol, ¿te parece que soy hermosa?», yo me eché a temblar como un niño, porque era la segunda vez que oía aquella pregunta en una mujer, y le dije:

—Vete pal carajo.

Y pensé que la historia volvía a comenzar. Pero me equivoqué, porque lo de Elisenda era otra vaina.

Por eso ahora, rememorando aquellos días, empiezo a pensar que todo fue cambiando desde el momento en que me tropecé con el Gato, el año del Karelia. Y si es casualidad o no, tendrían que decirlo otros; pero sí es cierto que la vida a mi alrededor se transformó a una velocidad que no me permitía acomodarme a cada instante. Y, aunque influyeron muchas cosas —que yo no digo que todo viniera del Gato—, lo más determinante seguramente fue el comercio por mar, pues paralizados durante tantas temporadas los barcos, de repente pasaron lustros sin que se desatara ninguna epidemia, seguramente desde que don Antolín fue alcalde. Y es que a don Antolín siempre le gustó la modernidad. Por eso aumentó el comercio y creció el hotel de la Rusa. Los marineros bajaban a tierra dos o tres días, y entonces el pueblo parecía una fiesta con el ir y venir de gentes que sacaban pesos por cualquier cosa, que cambiaban, vendían y ofrecían todo tipo de servicios. La primera en darse cuenta del filón del comercio marítimo fue la Nena Chica. No sé de dónde sacaba la información, pero tan pronto como se enteraba de que llegaba algún barco con marineros a Baracoa, armaba el carro, enganchara la mula, montaba a sus ocho hijas y se adentraba

en la selva camino del pueblo para pasar los tres o cuatro días que los marineros tuvieran libres antes de zarpar. Los oficiales se alojaban en el hotel de la Rusa y cuando venían militares se organizaba baile y farra. Sonaba el piano, que durante mucho tiempo había permanecido callado y desafinado, hasta que Zenón Jenaro, mi hermano, descubrió aquel arte tan divino en sus manos y en sus oídos. Se vendía ron a los marineros en los portales. Había largas colas para la *barber shop*. Aunque el recodo del río estaba a más de una hora de camino de la ciudad, las costumbres iban transformándose poco a poco por su influencia, primero la Nena Chica y sus hijas, y después Deudora, que se le secó el cerebro cuando vio a Jean Philippe, y ya no volvió a ser la misma. Por eso, cuando me dijo lo del pintor, me fui corriendo a Paulino, como quien acude a la Santera para que le eche los cocos. Paulino era más joven que yo, pero desde niño siempre lo consideré como a la Santera o al Gato, con un respeto que me impedía gastarle las bromas amargas con que castigaba a los demás niños. Si Paulino corría y jugaba con nosotros, procurábamos no empujarnos para no caer sobre él, o no cruzarnos en su camino para que no tropezara, o dejarle los mejores sitios para ocultarse, o hacerlo capitán para que mandara sobre los demás. Paulino, a su manera, siempre fue agradecido con todos. Cuando Paulino decidía jugar con nosotros, nos comportábamos como si don Leonardo, mi papá, nos enseñara un juego nuevo, y por eso lo mirábamos con respeto a pesar de ser más pequeño que la mayoría, y no nos insultábamos, ni nos tirábamos tierra. Si Paulino decidía quedarse sentado en el porche de su cabaña, los demás jugábamos cerca sin meter mucho ruido para no

molestarlo en su ensimismamiento, pero sin irnos muy lejos por si de momento decidía incorporarse a nuestros juegos de niños. Con el tiempo Paulino siguió siendo el menor de la chiquillería, pero siempre se distinguió por su seriedad y su sabiduría. Cuando los marineros o los obreros del ron se metían con él o le gastaban bromas, la Nena Chica se ponía muy seria, se echaba las manos a las caderas y decía:

—Dejá ya a la criatura. ¿No vei que puede dañaro con su magia?

La Nena Chica llamaba magia a los poderes de Paulino. Los chiquillos creíamos que era una fuerza extraña que recibía del río. Don Leonardo, mi papá, lo llamaba sabiduría, pero para mí la sabiduría era una fuerza sobrenatural que el río ofrecía a los hombres o a los niños. Mi mamá sin embargo recelaba de los poderes de Paulino y, aunque evitaba hablar de él en mi presencia, en alguna ocasión le escuché que la fuerza de Paulino se la había robado a su hermano Lucio en la cuna cuando apenas tenían unos días de vida. Desde entonces Lucio, su gemelo, había crecido como la Nena Tonta, con una medio sonrisa perpetua en los labios y ese movimiento de cabeza que le hacía ver el río, los embarcaderos y a la gente moviéndose a un lado y otro en una sacudida que a veces era frenética. Pero los poderes de Paulino eran mucho más simples. La primera vez que abrí un libro en París, cuando todavía no sabía apenas leer, sentí que me iniciaba en la magia de Paulino. Quise poseer los secretos de mi amigo y me esforcé durante años en descifrar aquellos garabatos que se alineaban como ejércitos de hormigas y que hacían sabios a los hombres. Cuando con el tiempo

fui aprendiendo a leer y fui capaz de escribir las primeras palabras, el misterio de Paulino se me reveló como algo alcanzable y no divino. La primera ayuda la recibí de la dulce Marilín, que me enseñó a escribir su nombre y el mío juntos. La magia de mi amigo estaba entonces a mi alcance, como quien se inicia en la regla de Ocha y es capaz de descifrar el oráculo de Biaguué. Me pareció tan simple y a la vez tan hermoso el poder de Paulino, que desde entonces no he dejado de leer cualquier grupo de letras que formen palabras o frases. Empecé leyendo los nombres de las calles en su placa, y me sentí cómplice del secreto de una ciudad grande y hostil. Luego me introduje en el mundo de los carteles publicitarios, y comprendí que mientras caminábamos por las calles había innumerables mensajes ocultos que nos lanzaban desde algún lugar desconocido. Después descubrí los libros, y me pareció que la sabiduría era el arte de transformar las palabras de los hombres en unos signos que sólo unos pocos eran capaces de comprender, como el oráculo de Biaguué o el tablero de Ifá.

La lectura y la escritura eran la magia de Paulino, pero eso me lo descubrió la dulce Marilín mucho más tarde. Sin embargo, durante los veinte años que viví en el recodo del río Miel, el misterio de mi amigo era más divino que humano, a pesar de que él intentó revelárnoslo a unos cuantos en incontables ocasiones. Y era entonces un misterio para los muchachos el modo en que Paulino aprendió a leer. Porque no sólo no hubo ninguna escuela en el recodo del río Miel hasta que cumplí los veinte años, sino que ninguno de los que allí vivían, cuando yo era un niño, sabía leer, aunque don Leonardo, mi papá, intentaba

hacernos creer lo contrario. Pero era un fraude: era tan analfabeto como los demás. Quienes más sabían, como mi mamá, Severina, la Santera o el patrono de los pescadores, no pasaban más allá de sumar y restar los números, y aun así eran admirados por sus conocimientos. En Baracoa había una escuela, pero jamás nadie de los límites del Miel pisó sus aulas, aunque llevara el nombre de mi hermano mayor: Elías. Ni siquiera Elías había aprendido a leer ni había tocado un libro en su vida, a pesar de los reconocimientos públicos y de la admiración que sentía hacia él todo el pueblo de Baracoa. Por eso me parecía mágico que Paulino, con sólo doce años, fuera capaz de descifrar cualquier papel impreso que llegara a sus manos y que hubiera leído, antes de cumplir los quince, la *Historia de América* y un *Compendio de uso agrícola e industrial*. Y sin saber el origen de los conocimientos lo admirábamos los jóvenes, y los mayores lo respetaban aunque desconfiaran de él. Y, cuando Deudora me dijo lo del pintor, acudí corriendo a Paulino, como quien acude a la Santera para que le eche los cocos, y le dije sin rodeos:

—Paulino, ¿qué cosa es *pintor*?

Y Paulino se me quedó mirando sin saber lo que le decía, porque yo no le aclaraba nada.

—¿Qué tú me dices, Robertico? ¿Me estás preguntando algo?

—Deudora me ha dicho que *Yan Filip* es pintor, y necesito saber qué cosa es *pintor*.

Paulino me llevó al interior de su cabaña y me dejó en medio de su santuario. La cabaña de Paulino se parecía a la capilla de la Santera, pero en lugar de

velas y estampas había cajas extrañas a las que él llamaba libros. Buscó en una pila de cajas y sacó una grande y desvencijada. A mí entonces me parecían simples cajas aquello que luego llamé libros. Lo abrió y empezó a pasar las páginas.

—Aquí está —me dijo.

Y yo miré lo que me señalaba y sólo vi signos que más bien me parecían de brujería que de otra cosa.

—Aquí dice que pintor es la persona que profesa o ejercita el arte de la pintura. Y también la persona que tiene por oficio pintar puertas, ventanas, paredes, etcétera.

—¿Eso es *Yan Filip*?

—No sé, Robertico, pero si lo dice Deudora... Tú sabrás, que lo conoces mejor que nadie.

—¿Y qué cosa es *francés*?

Paulino se me quedó mirando como si yo hubiera perdido el tino, y luego pasó las páginas y se detuvo señalándome un punto:

—Francés es la persona que ha nacido en Francia, y eso está en Europa.

Me quedé con la boca abierta.

—¿Y cómo puede saber Deudora eso? ¿No se lo habrá inventado?

—¿Y por qué no se lo preguntas a él a ver qué te dice?

—Porque cuando habla no lo entiendo, y si yo le digo algo me sonrío y me acaricia la cabeza como a un chiquillo, y creo que eso es porque tampoco me entiende.

—Seguramente es porque habla en otro idioma.

—¿Como los gallegos?

—No, los gallegos hablan como nosotros.

Entonces yo ya no podía llegar a las sutilezas de Paulino. Le decía a todo que sí con la cabeza para no parecer ignorante, pero luego no conseguía retener casi ninguna de sus palabras.

—Dime, Paulino, ¿tú lo sabes todo?

—Hombre, Robertico, todo no. Pero cuando no sé algo lo busco en estos libros.

—¿Y puedes saber lo que dice cada uno de ellos?

—Claro, Robertico.

—¿Aunque no lo hayas visto antes?

—Aunque no lo haya visto.

—¿Y los libros lo saben todo?

—Los libros, sí, Robertico; los libros lo saben todo.

—Pues entonces, Paulino, no me digas que tú no lo sabes todo. Lo preguntas a los libros y ya está.

Pero Paulino era demasiado modesto con sus poderes, y no quería darle mucha importancia a sus libros. Sin embargo, el día en que desapareció uno de sus libros se montó un gran revuelo en el recodo del río, y se hicieron batidas, y todos pasamos la noche buscándolo por la selva, y nos organizamos en grupos, niños y mayores, mujeres y hombres para encontrar el libro de Paulino. Y lo más sorprendente fue que don Leonardo, mi papá, era el que más interés tenía en que apareciera. Por eso me pareció años más tarde que lo suyo, lo de mí papá quiero decir, era una enfermedad más que un delito. El Gato me aseguraba que aquello no era magia, sino conocimiento.

—¿Y qué diferencia hay, Gato, entre tu magia y el conocimiento de Paulino?

—Muuuuuuucha, Robertico, muuuuuucha —decía alargando la sílaba igual que siempre que iba a decir algo

trascendente—. El conocimiento se aprende, pero la magia se nace con ella, como el color de la piel. Mi magia me la dio mi mamá cuando me parió; y esos sueños que tú tienes son también magia, o de tu mamá o de algún antepasado muuuuuy lejano. La magia de Paulino es la misma que la de la Rusa, pero en Paulino destaca más porque nadie sabe leer ni escribir allí donde él vive.

—¿Y qué cosa es leer y escribir, Gato?

El Gato me echaba la mano por encima del hombro y me decía:

—Ya tú estás haciendo muchas preguntas, Robertico, y si lo quieres aprender todo en el mismo día tendrás pesadillas por la noche y volverán los sueños malos que tanto te atormentan. ¿Y es que quieres, Robertico, tener más sueños malos?

—No, Gato, no quiero tener más sueños de esos.

—Pues entonces no preguntes, mijo.

Por eso no le preguntaba nada a Paulino cuando lo veía tan atareado con sus libros, que a mí me parecían cajas, y con sus plumas, que semejaban puñales goteando sangre oscura en un rito mágico que sólo mi amigo sabía celebrar y que le daba el poder que yo tanto admiraba. Si lo veía atareado me sentaba junto a él y lo observaba tardes enteras haciendo pequeñas marcas en el papel como si fueran hormigas ordenadas en línea de batalla. Y horas después de permanecer a su lado y en silencio, poco antes de irme, le decía:

—¿Qué tú estás haciendo toda la tarde, Paulino?

—Escribo en una libreta lo que he leído en aquel libro.

—¿Y qué cosa haces cuando escribes, Paulino?

—Mira, Robertico, es como si dejara una marca que al día siguiente puedo reconocer, y al otro día también, y con el paso de los años la seguiré reconociendo, y cuando quiera acordarme de algo, ¿tú sabes?, acudiré a esta marca, la reconoceré, y me acordaré de aquello que aprendí un día.

—¿Igual que cuando el Gato lanza los caracoles o los cocos y sabe lo que están marcando?

—Parecido.

—¿Y tú puedes conocer el futuro de una persona con esas marcas?

—El futuro, no, Robertico, pero puedo conocer el pasado de las personas.

Yo me echaba a reír y le daba en el hombro jugando, como si me hubiera dado cuenta de la broma que me gastaba.

—Tú estás jalao, compay, para eso no hay que fijarse en las marcas, con preguntárselo ya vale...

—Pero si está muerto no puedes preguntárselo, Robertico.

Y yo me quedaba sin voz, frío como las manos del Gato, y ya no sabía qué decirle a mi amigo. Me levantaba, me despedía y me alejaba con la cabeza agachada y marrullando por lo bajo:

—¿Y a quién le gusta conocer el pasado de los muertos? A lo mejor al Gato.

Y me santiguaba y echaba a correr hacia El Mambi. Pero una tarde, mientras Paulino escribía en su libreta, lo interrumpí y le pregunté:

—¿Qué significan esas marcas que acabas de poner, Paulino?

Y él me fue leyendo muy despacio:

—*El-ca-pi-tán-re-co-ge-ve-las-y-gi-ra-a-bar-lo-ven-to.*

—Y después lo repitió todo de corrido—: *El capitán recoge velas y gira a barlovento.*

Sentí que acababa de iniciarme en la Regla de Paulino con aquellas palabras, sin duda mágicas, y repetí entusiasmado:

—*¡El capitán recoge velas y gira a barlovento!*

Lo repetí una, dos, diez veces con la seguridad de que tras aquellas palabras se ocultaba un poder que me situaba al margen del resto de los mortales al ponerlas en mi boca. Corrí entonces hacia El Mambi, pero esta vez no llevaba la cabeza agachada ni marrullaba por lo bajo, sino que gritaba: «*¡El capitán recoge velas y gira a barlovento!*». Entré donde la Nena Chica, la miré desde el centro del local y dije con todo mi entusiasmo: «*¡El capitán recoge velas y gira a barlovento!*». No había clientes, pero la Nena Chica y sus hijas me oyeron. Las muchachas se santiguaron y corrieron a esconderse detrás de la cortina.

—Robertico, miamol, no etará jalao con lo chico que ere.

Y yo lo negué con la cabeza.

—¿Entonce qué tiene, mijo?

—Nada, Nena Chica, es que mi amigo Paulino me está adoctrinando.

Y la negra respiró tranquila, como si la magia de Paulino no le produjera el miedo de los conjuros de la Santera o de los sortilegios del Gato.

—¡Qué suto, miamol! Ya yo pensé que tú había to-mao la hierba del diablo, ¡con lo dulce que tú ere...!

Pero el adoctrinamiento de mi amigo Paulino no fue mucho más allá de aquella frase, porque, tan pronto como don Leonardo, mi papá, me vio merodeando con el Gato, me puso a trabajar en la zafra, en el ron y en los embarcaderos descargando pescado. Y tanto empeño puso en sacar de mí un hombre de provecho, que pasé parte de la infancia y la adolescencia trabajando como un esclavo. Tenía que abrir la destilería al amanecer para que empezaran a trabajar los obreros, obedecer las órdenes de todos y quedarme el último para cerrar. Así pensó don Leonardo, mi papá, que me alejaría del Gato y de sus influencias. Lo único que consiguió fue que naciera en mí una aversión al trabajo, pues ni sueldo tenía por ser el hijo del dueño; y más parecía que fuera su esclavo, como digo, que su vástago, vástago bastardo pero vástago a fin de cuentas. Por eso, cuando apareció Jean Philippe, vi una salvación para salir de aquel infierno de alcohol, caña y madera. Y luego, por mucho que mi papá se empeñó en meterme en vereda, ya no pudo hacer de mí un hombre de provecho, pues fracasó conmigo en la zafra, en el tabaco, en el cacao y en el café; y tan pronto como me veía agarrar las matas y desgranarlas como si la palma de mi mano fuera la boca de una mula, don Leonardo corría con la fusta hacia mí y empezaba a sacudirme como a un animal y a gritarme con los ojos inyectados en sangre: «Pedazo de animal, pareces un culicagao más que un obrero, Robertico. Cógete tus cosas y vete pal carajo, que no te vea más por aquí». Y yo aguantaba los golpes apretando los dientes, cogía mis cosas y me iba pal carajo. Lo mismo en la zafra, en el tabaco y en el cacao, porque aprendí pronto que lo mejor era ser un boberas para que no contaran con uno para nada.

Pero en la destilería de ron me costó casi dos años darme cuenta de que a los mamacallos no los quiere nadie en ninguna parte, aunque sea tu propio hijo, y menos para dirigir un negocio. Por eso en el ron me esforzaba todos los días por ganarme el respeto de los obreros, y trabajaba más que ellos, y llegaba el primero, y me iba el último, y me cargaba con los bultos más pesados y con las tareas más duras, total para que se burlaran de mí durante dos años en cuanto Virginia, mi mamá, se daba la vuelta. Se burlaban a mis espaldas y en mi cara, me embromaban y me mandaban de un sitio a otro para marearme. Me hacían subir a la pila de los barriles y cuando estaba arriba me quitaban la escalera y me dejaban toda la tarde hasta que llegaba mi mamá y empezaba a gritar como una fiera. Pero luego era ella misma la que tenía que poner la escalera y subir a bajarme, porque a mí me daban miedo las alturas, y empezaba a acariciarme el cabello y a ronronear con el estómago como una gata mientras buscaba con la mirada a los responsables de mi desgracia. Allí iban a estar. Se escurrían como las ratas entre los sacos o entre los barriles, se enterraban bajo la caña reprimiéndose las risas. Todos, excepto el papá de Paulino, don Augusto, que no permitía que se rieran de mí. Ni de mí ni de nadie, pues aquello le parecía una cobardía. Y, aunque era un hombre de poca presencia, cuando hablaba todos le escuchaban y obedecían, a pesar de que no le gustaba dar órdenes. Y por eso lo llamaban don Augusto, como a mi papá don Leonardo, aunque uno fuera el obrero y otro el patrón. Pero don Augusto no podía estar siempre cuidándose de mí, y tan pronto como se daba la vuelta o tenía que acudir a un carro o a otra nave, los obreros me buscaban por los

rincones y me azuzaban como a un perro asustado. Por eso no quise volver al ron después de la desgracia de don Augusto, porque me puse muy triste. Virginia, mi mamá, gritaba mucho, pero no sabía resolver ni imponerse. Al momento se le olvidaba todo. Me acariciaba el cabello y empezaba a ronronear con el estómago como una gata. Lo contrario que Severina, la mamá de Deudora, que nunca gritaba, pero cuando se colocaba en medio de sus obreros en la factoría del tabaco se echaban a temblar. Ponía los ojos en un sitio, y allí corrían todos; los llevaba a otra parte, y allí iban corriendo sus obreros, o mejor dicho los de don Leonardo, mi papá, porque todo, absolutamente todo, era de mi papá: la destilería, la factoría de tabaco, los embarcaderos, las casitas de los pescadores, los carros, las mulas y hasta El Mambi, aunque de eso ya tengo más dudas.